

Diálogo sobre pornografía

Oscar del Barco / Emmanuel Biset

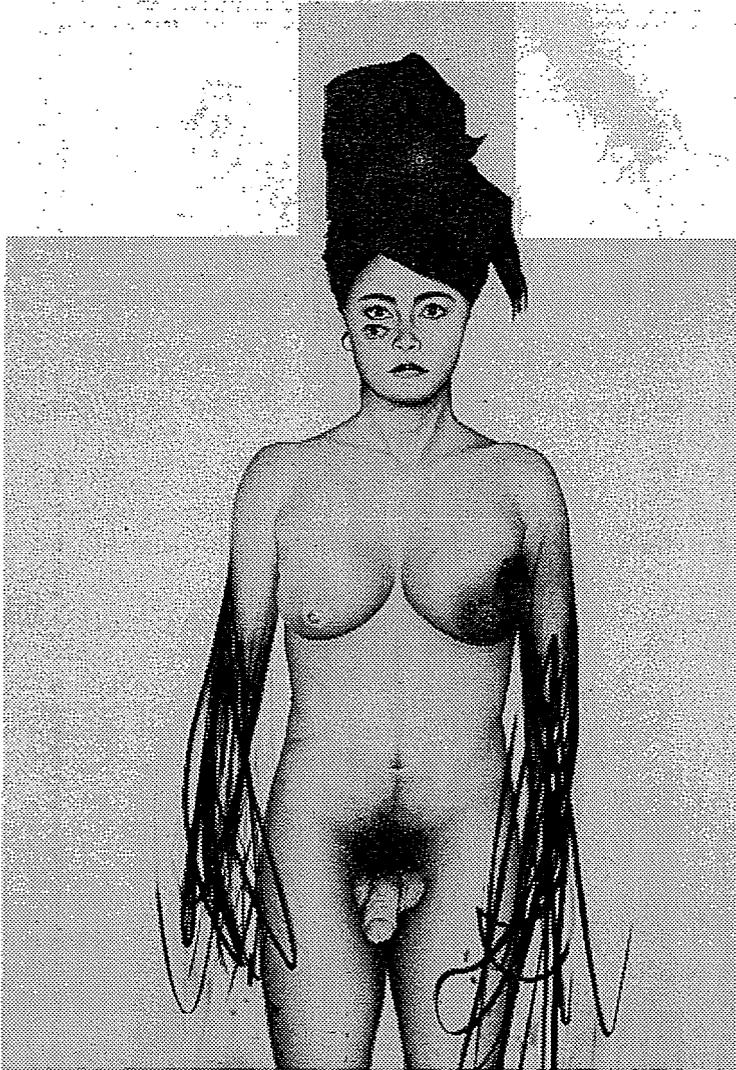
O.

– No separar el erotismo de la pornografía. Verlos como un movimiento diferente de lo mismo, una economía de la sexualidad en la que no se plantea el problema de una superioridad ya sea ética o filosófica. Es en lo mismo que se despliega la diferencia. No hay un erotismo «bueno» y una pornografía «mala», sino formas de vivir la sexualidad en un recorrido intenso de carácter mortal. No digo nada nuevo: el erotismo está siempre acompañado o intervenido (Bataille) por la muerte; lo mismo ocurre, tal vez con mayor intensidad, con la pornografía: esa descripción exangüe y total de la puta, entendiendo por puta al ser humano en su esencialidad. Lejos estoy de reducir la palabra puta a la mujer que mantiene relaciones sexuales por dinero. Considero puta, repito, al ser humano más allá de su diferenciación sexual hombre/mujer. Es en ese punto transgenérico donde me gustaría situar la pornografía como problema, digamos, filosófico.

– Se dice, y es cierto, que la imagen pornográfica es repetitiva (siempre lo mismo); esto nos podría remitir a la idea de un desear-de-muerte como desear oceánico o de *unidad* trans-subjetiva. La pornografía es la nominación moderna de una práctica tan vieja como el hombre (hay una pintura rupestre paleolítica de un erotismoporno increíble). La modernidad ha introducido en la pornografía un amplio mundo de innovaciones técnicas, fundamentalmente a partir de la imagen fotográfica, del cine, la televisión, internet, etc., a consecuencias de lo cual, es cierto, la imagen masturbatoria ha penetrado profundamente la pornografía, pero ésta no puede ser limitada por estos escenarios modernos. El dibujo, la pintura, los folletines, la escultura, hablan de una universalidad histórica pornográfica.



Anónimo - *Una prostituta en posición de faena*, 1910.



Bernardí Roig - *Paipets* - 1998.

— Se acusa a la pornografía de hacer *explícito* el sexo. Y es cierto. Los órganos sexuales, el acto sexual, es mostrado de manera directa y sin ningún límite (sexo entre mujeres, entre hombres, entre mujeres y hombres, con objetos, con animales, etc.). Pero nunca lo explícito es totalmente explícito. Siempre hay un resto, siempre hay un más que excede lo dado. Siempre hay una suerte de noumeno incognoscible, indecible, acechando el fenómeno explícito: los vacíos, los huecos, las fallas, los filtros, las veladuras, son interminables. Lo porno es un momento en ese recorrido sin fin. A la imagen se ha incorporado la técnica en toda su potencialidad. Lo que se ha abierto hasta el miedo es la posibilidad de... los aparatos, las drogas, las cirugías, las prótesis, los orgasmos-viagras, los consoladores, los vibradores, las testosteronas, los nuevos tipos de paternidades, la intrusión en los códigos genéticos, etc., etc. Todo esto es nuevo en ciertos aspectos y es viejo en otros: los consoladores vienen de las épocas más «primitivas», al igual que las drogas, las orgías, la prostitución, la búsqueda de todo tipo de fantasmas lúbricos, (es difícil o imposible hacernos una idea de esta específica historicidad, muchas veces secreta u oculta). Lo que se está modificando es el mapa de la economía sexual en su conjunto. Y es cierto, es evidentemente cierto, que detrás y en la pornografía está el sistema con toda su potencia: se trata, también, y es una obviedad decirlo, de dinero, de grandes empresas que ganan sumas fabulosas, y también de política, de bio-políticas, del hombre «nuevo» post-sexual o masturbatorio. Y estos no son *añadidos* a un ser puro o natural. Esto es lo que fuimos y somos, distintas formas de nuestro propio «ser».

— El cinismo de nuestra sociedad consiste en «horrorizarse» frente a lo que cientos de millones de personas hacen diariamente: tocarse, lamerse, penetrarse por todos los orificios posibles, mirarse el sexo, castigarse, herirse, quemarse, utilizar dildos, animales, besarse, morderse, gozar solos, en pareja, en grupos, seguir, en fin, todos los caminos de una imaginación plácida o desenfadada hasta la locura...

— Lo porno-erótico-sexual abre, es lo que vivimos, a un *exceso*, a un desconocido, y es ante este desconocido que estamos me parece desconcertados (y nos desconcertamos más cuando le añadimos los problemas de la geopolución —agua, tierra, aire depredados hasta poner en riesgo real la

sobrevivencia de los seres vivos—, de la información, ecológicos, alimenticios, de violencia, de desarraigos, de migraciones). Dicho en otras palabras: estamos ante un evidente proceso social de pulsiones auto-destructivas del que hablamos mucho pero al que no podemos enfrentar de una manera práctico-subversiva. Y a mi juicio estos problemas tocan no sólo a la institución filosófica sino a la misma filosofía. La puta, lo porno, es lo sin límites, y en esto sin límite, o mejor, esto sin límites es lo que piensa, lo que se piensa en el pensamiento. Asumirlo es casi (y en este *casi* querríamos situarnos) lo imposible... de pensar, imaginar, y ante todo ¡de vivir!

— ¿Podemos morir? La pornografía en su sentido de economía libidinal a-histórica es un más allá de la muerte realizada (diría, para ser más claro, de la muerte empírica), o desplazada, destituida. Como si uno saliera de una dimensión o espacialidad y entrara en una/otra dimensión inconcebible. Ya no habría ser-para-la-muerte, la muerte (allí) no importa, ha perdido su fuerza ontológica, pertenece al pasado, al tiempo. Cuando Bataille vincula el erotismoporno (porque no se trata ya sólo de un erotismo suave, todo lo placentero que sea, sino de una superación en el orden de lo trágico), con la muerte, no se refiere fundamentalmente (aunque no la excluye) a la muerte física, cadavérica, sino a algo más difícil, a la muerte como más-que-hombre; se refiere *a otra cosa*, a una suerte de vacío más hondo que la muerte física, se refiere a un desprendimiento donde algo se distancia sustancialmente del mundo para desconocerse, o des-serse, en una superación que hegelianamente se conserva anulándose.

— Puede decirse del erotismo que es la aprobación de la vida hasta en la muerte. (Bataille)

— En esta perspectiva la filosofía sigue con su bla bla bla... (creo que la verdadera gigantomachia fue desplazada, reprimida por el *concepto* puro vía filosofía/teología, y que a lo mejor en la perspectiva pornofilosófica habrá que recuperar eso reprimido, pienso en Sade y en los libertinos reales, en los cínicos, en los sofistas, en Bataille, en H. Miller, en Joyce, etc. Es, por supuesto, una batalla sombría, un *acto* que roe los sistemas filosóficos, la tranquilidad de las aulas universitarias, la placidez de las religiones; vale decir que en su imperio nos está implicando a todos.

E.

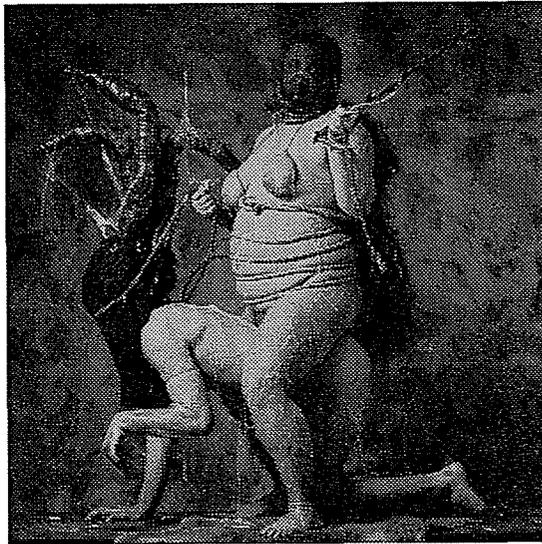
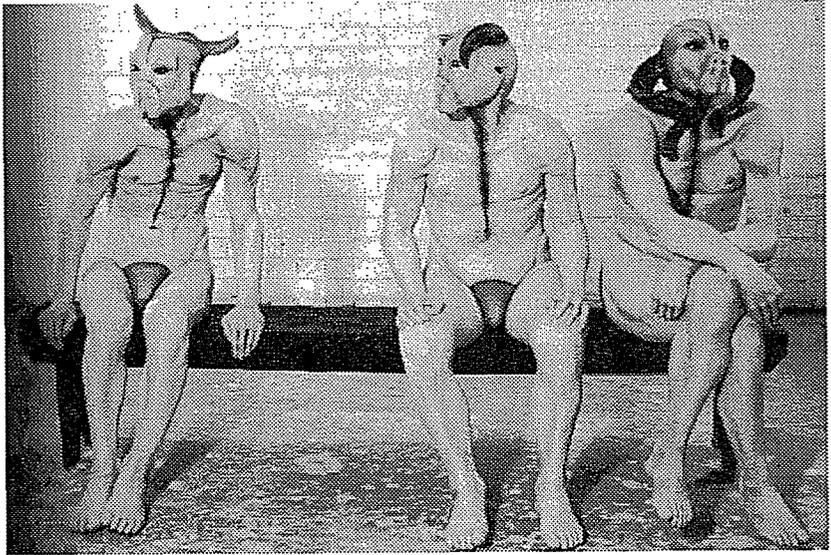
– ¿Es la pornografía un problema filosófico? ¿La consideración de algo como problema filosófico supone ya la configuración de un registro? Y así: ¿el tratamiento de la pornografía por la filosofía no supone ya su aprehensión o apropiación en un lenguaje, una tradición o un discurso? ¿No es, en última instancia, una dominación aquello que supone el abordaje filosófico? Y por tal: ¿no es la pornografía un escándalo para el pensamiento? ¿La pornografía es un problema filosófico o uno de esos nombres que vuelve a la misma filosofía un problema? ¿Pero es así? ¿Qué es la filosofía?

– ¿No es la pornografía, por definición, un modo del aparecer, es decir, una estética? Si se atiende a la composición de la palabra es la grafía de la prostituta y con ello, no remite a una experiencia sexual, a un intercambio corporal, a una composición de los cuerpos, a una libido, a un deseo, a un goce, sino a la grafía de todo ello. De modo que lo gráfico es inherente a la pornografía y así es posible pensar en un envés: no ya la pornografía como una descripción de la puta, sino un régimen de lo gráfico atravesado por la prostituta. No es la remisión a una mostración –presentación– de la sexualidad, sino una forma del aparecer particular. Y entonces, la pornografía posiblemente sea la estética de nuestro tiempo. En un doble sentido: como estética trascendental y como experiencia estética. En síntesis: la pornografía sería, quizá, un régimen estético (diría un régimen de lo visible, pero aun cuando existe un claro privilegio en la grafía visual de lo porno, se extiende hacia todas las formas de la sensibilidad).

– ¿Y lo pornográfico más allá de lo pornográfico? Si la pornografía remite, sin más, a las múltiples formas de descripción de la sexualidad, también es una palabra –como todas– que reenvía más allá de su sentido literal. Esto en dos direcciones: por una parte, porque toda pornografía muestra lo inmostrable, es decir, la pornografía es por definición catacrética. Esto no sólo referido a una historia de la moralidad, de los velos, sino en un sentido ontológico: la pura presencia, y la pornografía es por definición no-metafórica, es la descripción de un vacío. Dicho de otro modo,



Nobuyoshi Araki - *Sin título* - 2007.



Erwin Olaf - *Chessmen XI*, 1988 / Jane Alexander - *Butcher boys* - 1985-86.

la pornografía es la *literalidad de lo aliteral*. No existe un resto en aquello que se muestra, sino que es la mostración del resto mismo. Por otro lado, en su extensión, y allí lo pornográfico se extiende como un adjetivo que excede la pornografía y es atribuible a otros asuntos. Nuevo indicio que envía el término más allá de su uso específico a un régimen de la sensibilidad.

— La pornografía no remite a una experiencia humana común, a una economía de la sexualidad o, en términos contemporáneos, a una economía libidinal. Si se piensa en su reverso, es decir, no como grafía de lo porno, sino como porno de la grafía, surge el problema de pensar la particularidad de esa grafía. Y es ésta la nota fundamental, pues la grafía se constituye como tal en el cruce de economía y tecnología. No la obra de arte en la era de la reproductibilidad técnica, puesto que lo que está en juego no es un proceso de racionalización mecánica, sino una etapa en la cual lo tecnológico deconstruye toda una serie de categorías clásicas (lo humano, lo animal, lo orgánico, etc.). La pornografía sólo se entiende en los marcos del capitalismo y la revolución tecnológica contemporánea. Existen, así, múltiples formas históricas de describir lo sexual, pero sólo nuestra época se define por la constitución sexual de la descripción.

— La pornografía tiene una dimensión política constitutiva. Y esto no como régimen biopolítico. Puesto que aun cuando es posible pensar, y de hecho es un elemento central, la pornografía como una economía de regulación en la constitución y el intercambio de los cuerpos —jerarquías en los cuerpos, los intercambios, y así configuraciones de la normalidad y del control—, no se reduce a esto su politicidad. Se trata de otra cosa: de abrir lo político al margen de lo impensable. Si la pornografía se define por la ausencia de límites, e incluso todo el tiempo se juega en los márgenes o fronteras de lo mostrable, abre al abismo de la libertad como destrucción. Es decir, expone lo político a lo infinito. Dicho de otro modo, por un lado, la pornografía siempre implica una política como economía de la violencia (en múltiples sentidos: intervención sobre la vida y la muerte, configuración de una población, y así una biopolítica más allá de la forma-Estado, ideales regulativos de cuerpos e intercambios, intervenciones allí donde el límite entre lo tecnológico, lo animal y lo humano se diluyen, etc.); pero, por otro lado, si la

política remite, implícita o explícitamente, a cierta normatividad, a lo que podríamos llamar un forma deseable o justa del construir el lazo social —forma de gobierno, contrato, etc.—, en la pornografía se presenta un abismo imposible para la política: no se puede pensar lo deseable ante lo infinito allí donde se constituye una socialidad sin lazo.

— La pornografía es, por todo esto, el lugar preciso donde el exceso de positividad se identifica con la negatividad. La pornografía es positiva en tanto la lógica que trabaja la economía de la grafía requiere del puro placer. Sea bajo la forma que sea, siempre existe puro placer y no existen resquicios de fracaso o displacer. De modo que una ética sustentada en esta dimensión sería puramente afirmativa, es decir, es el modo en el cual se destruye la dicotomía entre placer y dolor puesto que la totalidad se mueve en un juego de intensidades placenteras. Pero esta pura positividad es al mismo tiempo negatividad explícita, es decir, es el aparecer de un vacío infinito. En un sentido que excede todo antropologismo, la pornografía es la grafía de la muerte. Y eso no sólo porque allí es posible combinar compulsión a la repetición y escatología del éxtasis, sino porque es el parecer imposible de un vacío que llama. Lo que allí aparece es nada, una nada que convoca y convierte en nada. Cruce de positividad y negatividad, más allá del placer y la muerte, cuerpos que gozan.

— Y entonces, quizá, provisoriamente, la pornografía sería el régimen estético del vacío. O, quizá, un punto de condensación de ese no-saber llamado mundo contemporáneo. Siendo así, ¿qué inaugura para el pensamiento señalar que el indicio de nuestra época está constituido por la sexualidad? ¿No es, también, y por lo señalado, la pornografía la muerte de la sexualidad?

O.

— La pornografía me parece que atraviesa lo sexual, no lo ignora ni lo reprime sino que lo exalta hasta desplazarlo del encierro «burgués», digamos, sublimándolo en lo que tentativamente llamo un más (allá), sólo, tal vez, presentido. A este arrastre de lo sexual yo lo perseguiría en una lectura batailleana.

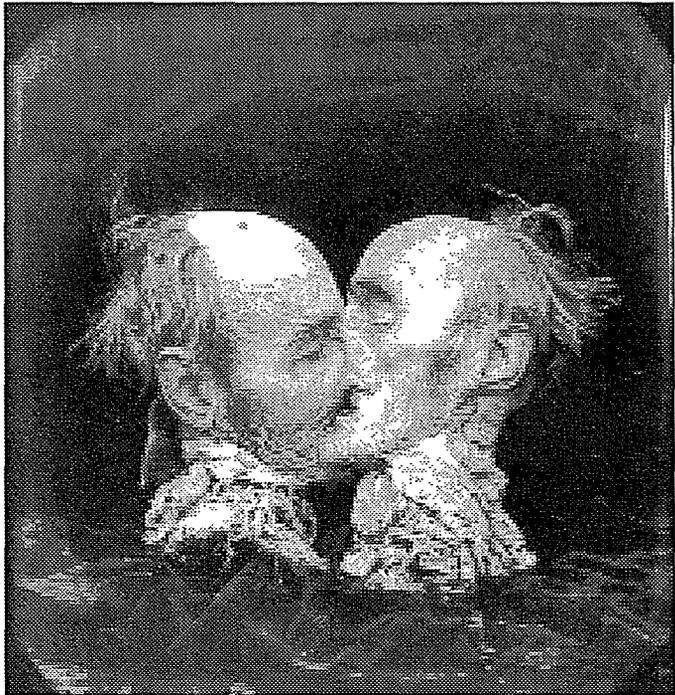
– Aunque empiece donde acaba el animal, la animalidad no deja por ello de ser el fundamento del erotismo. De ese fundamento la humanidad se aparta con horror, pero al mismo tiempo lo mantiene. (Bataille)

– Podría decir que en esta visión la pornografía se sitúa, en cuanto flujo e inaccesibilidad, en el límite de una posible (y más que posible si siguiéramos, por ejemplo, el pensamiento entre otros de P. Boutang o de M. Henry) ontología de la vida (lo que en nuestro contexto llamaría ontología de la puta, o del ser humano que es tocado y toca el horror... ¿nos atreveríamos a acercarnos, a pesar del miedo a una profanación, a «la especie humana» de Robert Antelme, o al «musulmán» de Primo Levi, o a lo más desnudo de lo desnudo: el *mal absoluto* que nos silencia con su sola mención?).

– Yo tiendo a separar la etimología, en cuanto un real o un grafo o una imagen, de la pornografía fuerte de las religiones, entre ellas el dionisismo, las grandes bacanales (siempre lindantes con la muerte), las religiones de los romanos, griegos, hindúes, el budismo tántrico, etc.; y también del uso de aparatos, de animales, y el mundo de relatos orales y escritos, entre ellos el gran relato sadiano que sintetiza las «perversiones» de la Francia del siglo XVIII... Me parece importante mencionar y cuestionarnos respecto a la «prostitución sagrada» y preguntarnos ¿por qué sagrada? ¿cómo entra dios en esto? Estamos ante un problema que desde fuera de nuestros monoteísmos (y habría que ver hasta qué punto) nos conmueve como una fundamental incógnita donde religión y sexo se entrelazan en un tejido digamos de cultura.

– Si la pornografía es erotismo en un grado extremo de intensidad, y si ese estado es un éx-stasis, un extático fuera-del-hombre, o un estado-trascendental (sin ser, sujeto, tiempo, mundo, etc.), a *eso*, que podemos *llamar* hombre-sin-hombre-ni-mujer, podríamos *llamarlo* «sagrado» (el nombre es aleatorio).

– ¿«Sagrado» en qué sentido? En última instancia y de manera hiperbólica, todo, en cuanto *es* (por el hecho de *que sea*, diría Wittgenstein), sería *sagrado* (la revelación o des-velación, la creación como prius de la creación). Sagrado es el *ser-habla-infinito-dios-sujeto-mundo*; pero, en este caso, por su generalidad, no haría falta nombrarlo (la referencia a Heidegger parece inevitable: lo *sagrado* como lo *abierto*, como *caos* o lo



Joel-Peter Witkin - *El beso* - 1982.

esencialmente libre —al respecto me remitiría a Massimo Cacciari, *Dell' Inizio*, p. 580 y ss., quien comienza su análisis con la frase de Heidegger: «el caos es lo sacro como tal»; y también a Blanchot, *La parte del fuego*, p. 107 y ss., donde vincula esencialmente lo sagrado con lo *abierto*—). *Aquí* ubicaría lo porno, en este punto preciso, como punto determinado y no general. Pero teniendo presente que lo difícil es la *experiencia*, ir más allá y a través del concepto, del escollo social-universitario, *hacia* esa hiancia total. *Si* pornografía (es) ese caos, esa abertura infinita de lo abierto, por supuesto que entramos en un terreno imposible de reducir y que nos lleva directamente al abandono, quiero decir al *dejar* (no sólo al «dejar ser el ser» sino al *más que ser* o *de otro modo que ser*). Se lo ha querido decir de mil maneras, pero todo lo que se diga no es *eso* (como ocurre con el *Tao*). Lo más difícil (¿imposible?) es desprenderse del concepto y vivir la poesía, la música, el éxtasis, el erotismo-porno... como *acontecimientos* desfinalizados, descentrados; no como un deber-ser sino como Actos que rompen toda idea de tiempo y de espacio, de mundo y de yo... pero en vivo. Resulta fácil hablar-de, como hacen los profesores, pero el *eso-real* es doloroso, lo imposible-posible (Heidegger habla de estar «abrazado» por lo sagrado, ¿no sería mejor decir «abrasado», si pensamos que el *espíritu* es «fuego»?).

— Quiero señalar ya desde ahora que la experiencia propiamente filosófica excluye el erotismo y la santidad. En principio la experiencia del filósofo es una experiencia separada, al abrigo de las demás experiencias. En otras palabras, es la experiencia de un especialista. (Bataille)

— No soy el primero en sentirme sorprendido por este decepcionante resultado de la filosofía, que es la expresión de la humanidad media y que pasó a ser ajena a la humanidad extrema, es decir a las convulsiones de la sexualidad y de la muerte (Bataille)

— Nuestro erotismoporno es forma de una historia. Nosotros, la sociedad actual, ha descubierto o incorporado algo, sí, hay algo nuevo (aunque sea negativo), pero ¿qué? ¿la técnica? ¿las drogas? No se trata de esto, que los antiguos conocían a la perfección, sino de una banalización y globalización crecientes vía mediática que simultáneamente, en el secreto del *boudoir*, se mantiene, digamos, como lo críptico de esa imposible visibilidad total. Pero a su vez la vulgarización pornográfica moderna no logra

penetrar en ese derrame polifónico de un goce agónico.

– Lo mejor me parece es no definir, dejar surgir lo indeterminado o lo afuera del concepto.

– El problema esencial es pre-humano: el erotismoporno supera la división hombre/mujer y nos pone en una anterioridad *animal* (¿el alma-pura? ¿pero que significaría en tal caso el «alma»?).

– La llamada pornografía como desgaste doloroso, sin causa y sin finalidad, una previdencia en la que duele instalarse o a la que duele poner en acto, la que pre-figura o hace advenir aunque sea en la imaginación fáctica «el fin del hombre», se apodera de toda negatividad y la vuelve algo así como un resplandor; todo *no* en lugar de suprimirla la exalta, muestra el recorrido de una posibilidad, de un imposible-posible, gozable, que, paradójicamente, al realizarse vuelve a otro imposible más profundo, siempre más allá, como un dios, hasta la muerte (en cuanto espejismo).

– Nuestra sociedad ha convertido a la pornografía en un negocio y simultáneamente en un *objeto* reprimido, «malo». Por un lado habla de perversión, de castigo, y por el otro la promueve vía mediática.

– Se trata de una *historia*; y este reconocimiento y conocimiento nos lleva a una deconstrucción que, a la vez, implica necesariamente una fenomenología (el hombre, digamos, siempre fue porno, puto, eropornográfico) (Bataille habla de la santa o de la santidad como forma de voluptuosidad).

– De vuelta a Bataille, lo dionisiaco, las orgías, la prostitución sagrada, la religión, la muerte como posibilidad erótica, etc. Creo que Bataille es el punto de mayor claridad conceptual y de mayor incitación al acto gozoso des-subjetivado, a la vez polimorfo y neutro (búsqueda de la víctima voluntaria por aceptación de exceso).

– La experiencia de los «estados extremos», erotismo, muerte y santidad, nos descompone, excluye la reflexión serena, puesto que está en su naturaleza el ponernos «fuera de nosotros». El hecho de mantenernos abiertos a una posibilidad cercana a la locura subordina continuamente el trabajo de la reflexión a algo distinto donde, precisamente, se detiene la reflexión. (Bataille)

– Ruptura de las dicotomías.

– Lo eropornográfico como hundimiento de la «filosofía» sistemático-

racional, la discontinuidad, lo caótico, el materialismo sagrado, la no-filosofía... un ataque fuerte a la filosofía universitaria (como también constituyen un ataque el dolor, la tortura, el campo de exterminio, la guerra...).

– Me sorprende, y quisiera incorporarla al diseño de nuestro intento por pensar el tema eropornográfico, la siguiente afirmación de Levinas: «Cuando, con Freud, la sexualidad es abordada en el plano humano, es rebajada al rango de una búsqueda del placer sin que jamás la significación ontológica de la voluptuosidad y las categorías irreductibles que establece, sean al menos sospechadas. Se toma el placer como hecho acabado, se razona a partir de él. Lo que permanece desapercibido, es que lo erótico –analizado como fecundidad– divide la realidad en relaciones irreductibles a las relaciones de género y de especie, de la parte y el todo, de acción y de pasión, de verdad y de error, que, por la sexualidad, el sujeto entra en relación con eso que es absolutamente otro –con una alteridad de un tipo imprevisible en lógica formal– con lo que permanece otro en la relación sin convertirse jamás en «mío», y que sin embargo esta relación no tiene nada de extática, porque lo patético de la voluptuosidad está hecho de dualidad». Me parece evidente que Levinas rescata el erotismo de lo puro empírico para proyectarlo hacia una alteridad trascendental (para él trascendente o lo absolutamente-otro). Y es hacia *eso* que es «imprevisible» para nuestra lógica hacia donde nos proyecta, diría ferozmente, la pornografía como exceso del exceso (¿cómo, aquí, no pensar en el dios inscripto en la vagina de *Madame Edwarda*, la *puta* batailleana? ¿el erotismo que sale de su límite como camino a la divinidad?). «Eso» (más-allá-del-ser o de-otro-modo-que-ser) está por sobre el concepto –la «lógica»–, fuera, digamos, y aquí pienso en lo trascendental kantiano, del yo, del mundo y de dios, así como del espacio-tiempo, causa-fin, y, ¿por qué no? del hombre-mujer, como si se tratase de lo *previo* o de lo *posible* del concepto.

– *Porno* significa, por sobre la familia de la pura prostitución y como «figura» enigmática, *idolatría*. Esto sería como un inicio proyectivo hacia un orden contra-puesto de sacralidad, casi una insinuación batailleana: la vagina de la prostituta como señalamiento del religamiento religioso.

– Agrego: la eropornografía como negatividad de las constricciones

nos pone en lo *abierto*, desenmascarando así lo *cerrado* (entendido como una determinada cultura y como una determinada ideología, en cuanto complejo de pautas morales constituyentes también de un determinado *nomos*) y mostrando, poniendo al descubierto, exhibiendo, la «verdad», no sólo del sexo, del eros, sino la verdad como libertad, una libertad absolutamente indeterminada y constituyente, lo cual implica el desplazamiento epocal y dialéctico (en cuanto superación-conservación) de la ontología.

– En este contexto, ¿podría acaso pensarse la eropornografía como «estado de excepción», en el que todas las legalidades son suspendidas dejando lugar a las potencias, a la realización de las potencias, incluso la de la muerte? Muerte *posible* que puede devenir *real*, un real querido, gozoso; muerte asumida por exceso de sí, o advenimiento del *eso* levinasiano. Muerte del sujeto y sus equivalentes: mundo, dios inmanente y trascendente, voluntad, etc. Hablo de un estado-de-muerte, o, para seguir con Levinas, de una «gloria» que sin ser la muerte física puede, no obstante, sin necesidad pero voluntariamente, llegar a serlo.

– La pornografía como *más* o como *salida* de un *yo-inexistente*, como *acontecimiento* aórgico que pone o descubre lo abierto infinito, y, *en este sentido* produce un desplazamiento de la filosofía como «mundo» (abstracto, puramente conceptual, ideológico, «universitario»...).

– Necesidad de considerar lo críptico, lo *skotikós*, de la eropornografía: el grafo de la porno-grafía, vale decir *no* un dibujo de lo porno (la conchálmite) sino lo porno haciendo dibujos, grafos, pornografeando, o, la putaputeando, en cuanto haciendo mundo puto, libre, excesivo, insoportable, indecible: ¡el grafo! Grafo (dibujo, imagen, cine, tele, actos) *del* porno, en el doble genitivo: no uno mirando-actuando el sexo sino, a la vez, el sexo mirando el uno (¿qué uno si ya no hay uno sino sólo el *hay-del-hay?*).

– La eropornografía se desentiende de toda jerarquía, de toda distinción, es desértica, una suerte de milagro de gracia sin significado, puede ser un don abrupto o el resultado de un largo recorrido que se transforma en epifanía. No una jerarquía en relación a la pasión amorosa sino una *distinción*... que puede darse como o en la pasión amorosa o como *apatía* o *stasis* desligado del amor. Esto sólo muestra la maravilla y la multiplici-

dad de lo *abierto* que somos liberados del ser. Pero esto que llamo liberación, su dificultad, su estoicismo diría, tiene la misma exigencia que la religión, el arte o la filosofía. El dolor ético de Kant y la alegría de la eternidad cantada por Nietzsche. Un renacimiento, un *más* que hombre... tal vez porque sólo un *ángel* pueda acceder a semejante estado de despojo.

E.

– No eso, es otra cosa. Otra cosa.

– La pornografía es, quizá, ese punto indecible, *aleph*, entre la grafía de lo porno y lo porno de la grafía. Escritura de la puta. En el doble sentido: escritura *sobre* y *de* la puta. Y más: es un fulgor fugaz, pura evidencia, donde se cruzan ambas posibilidades. Siempre es escritura, y así, mediación, negatividad. Mediación pura. Si la mediación es negatividad, en este caso es la negatividad del vacío. Por ello, ese punto donde negatividad y positividad se pierden o se confunden. Pura positividad de lo real, hiperrrealidad: *positum* (la pornografía es positivista). Pero lo real, lo dado, lo porno, aún en su pretensión de inmediatez, de proximidad transparente, se presenta como mediación. No sólo porque toda inscripción es ya una negación, sino porque la nada como tal debe negarse para mostrarse.

– No existe lo pornográfico *como tal*. Si la grafía es inherente a la palabra es porque requiere la mediación de un discurso, una imagen, un sonido, un olor, en fin, una escritura de algo. La pornografía es *representación*. Esta dimensión escritural reduce cualquier posibilidad de relación directa con lo porno. Porque lo porno es, justamente, su escritura. Por ello existe un abismo entre sexualidad, erotismo y pornografía. Lo pornográfico no es el hecho en sí, sea de la radicalidad que sea –bacanales, orgías, tantrismo–, sino su representación. No tenemos consciencia de ello porque no tenemos imaginación de ello. Dado que los hechos no son sino su aparecer, su configuración, no hay comprensión posible de aquello cuya configuración es radicalmente otra. Y, sin embargo, esta es la única posibilidad de la comprensión.

– Es constitutivo de la pornografía un tercero, aquel que mira, observa

o interactúa. No es, así, una relación de alteridad, sino que siempre implica un tercero. No hay alteridad en la pornografía. Es un algo que se escribe. Con ello se muestra a un tercero que no accede sino por esa mediación. Si lo porno es el ser que se configura escrituralmente, se despliega de este modo al infinito de esa alteridad difusa llamada receptor. De modo que no hay alteridad en lo porno, sino que la grafía siempre es un *dirigirse a* que conlleva la extralimitación de la temporalidad hacia el infinito. El otro de la pornografía, por principio, ya está muerto.

– No principio de placer, tampoco principio de muerte. El más allá del más allá del principio. La ausencia de principio. Si un principio mueve, hacia el placer o la muerte, construye o destruye, la pornografía no mueve, es movimiento. No un principio de movimiento, sino puro moverse en sí. Máquina autocentrada. Movimiento puro. Cuerpos danzantes. Ni *arché* ni *telos*. Ni causa ni finalidad. Origen de una *psyché* nueva. ¿Será que nuestra *psyché* ya no se mueve? ¿Qué significa la muerte del deseo? ¿Sin creación/destrucción? ¿Qué de esta *psyché* más allá de eros y tanatos? ¿Este hombre más allá del deseo? Quizá la muerte de la muerte es la ausencia de un tender hacia, de un dirigirse a, para volverse sobre sí. Un movimiento que retorna sobre sí sin sentido. En la *psyché* del nihilismo –pornográfica–, muere el deseo, y así la vida y la muerte, y surge algo. ¿Qué surge?

– La grafía de lo porno es una cara radical del antihumanismo. No del antihumanismo de este o aquél filósofo, sino la desaparición de lo humano como tal. Doble muerte. Por una parte, es el entrecruzamiento de animales, máquinas, humanos. En ese cruce no hay límites fijos. Pero el hombre no se hace una máquina, tampoco muestra su naturaleza animal, sino que todo ello da cuenta de las constricciones de lo humano y del más allá de lo humano como signo de época. Estado de excepción radical: lo puramente disponible ni siquiera convoca la muerte. No somos humanos, ya no podemos serlo. Por otra parte, es dios, humano sobrehumano, en la concha, quien en su muerte nos deja sin trascendencia. No hay trascendencia en la pornografía. Tampoco inmanencia. Un hueco.

– ¿Y lo porno? ¿La puta? ¿Qué de la puta? ¿Qué de todos nosotros, putas? Si hasta ahora circundamos la escritura epocal, el aparecer de nuestro aparecer, qué es lo porno que nos constituye. ¿Qué significa que todos

somos una puta? Es lo sexual sin sentido o el sentido como repliegue sobre sí. La puta es lo sexual, sin relación, allí donde cuerpos se mezclan en el goce. La pornografía, carente de sentido, sin gravedad, presenta un límite extraño a Bataille. Nuestro tiempo es otro, extraño al éxtasis, a la comunicación, al gasto sin reserva, a la repulsión, a la transgresión. Eso, no hay transgresión en la pornografía. La puta que todos somos son esos cuerpos danzantes, partes de cuerpos en realidad, gozantes. Pero, ¿no será la representación propia de la pornografía también la muerte del goce? ¿Qué significa la fascinación más allá del goce? Fascinación de quien mira sin movimiento. Repetición. Hastío. Nuevamente: *fascinación*.

– El-hay-del-hay es la configuración del hay. Hay algo, pero ese algo no es como tal, sino que aparece como tal. No hay otra posibilidad. Esto no significa volver a un trascendentalismo kantiano que piensa las condiciones de posibilidad, sino pensar que existe *diferencia* entre el hay y la forma de ese hay. Y en este sentido existe una performatividad del hay, una determinada configuración del aparecer como tal. Nada aparece como tal, sino bajo una forma, y así se inscribe. No el hay-del-hay, sino la *inscripción*. La pornografía es el modo del aparecer de nuestro tiempo. Es, en otros términos, la configuración del inscribirse. No la estética trascendental, no un régimen de visibilidad, sino el modo de inscribirse del ser como tal. Por lo que el ser *como tal* no es. No hay como tal porque el ser es su misma inscripción.

– Inscripción significa forma sin formalismo. La forma de la forma. ¿Cuál es la forma del aparecer en nuestro tiempo? La forma sin forma. Lo *informe*. De un lado, porque eso que aparece, siempre inscripto, configurado, se constituye en un supuesto aparecer sin forma. Lo pornográfico, en este sentido, es literal. La exclusión de la metáfora, o mejor, del simbolismo insinuante, se construye desde el mostrar sin edición. Justamente lo obsceno es la ausencia de escena, es la evidencia frente a la distancia. Pero sería una falsedad pensar que existe un pensar puro porque en tanto escritura implica una mediación. La literalidad es la ilusión de una relación directa con la cosa. Lo informe, en este primer sentido, es la borrada de la forma. De otro lado, si existe escritura se produce una representación o mediación. Pero lo que aparece allí, su interpelación, es la



Thomas Ruff - *Desnudos* - 2003.

ausencia manifiesta de cosa. La literalidad del vacío. El mostrar puro, lo obsceno, se asienta sobre una nada. Aquí también se trata de una borrada, pero es el borrarse no de la mediación, sino de la cosa como tal. El aparecer de nuestro tiempo, su escritura, es lo informe como ilimitación de la inscripción del vacío.

– Lo eropornográfico en el pliegue de erotismo y pornografía es, a la vez, una descripción y su más allá. Lo eropornográfico indica la inevitable simulación, incluso allí donde la transparencia funciona como imperativo. Aún la transparencia se configura de un modo particular. Simula. Pero también su más allá, puesto que si simulamos, escribimos, representamos, inevitablemente nos preguntamos: ¿cómo hacerlo? Si lo abierto como tal, la libertad como condición de la verdad, siempre tiene una forma, quizá nuestra época sea un planteo radical de la pregunta por la forma. Porque la libertad se da no como condición del aparecer, como el dar lugar, sino como un pensamiento, pregunta, por el *cómo* del darse. Nuestra época pregunta por la forma de la forma. Y así preguntamos por el cómo de la escritura de la puta. Nuevamente: de qué modos se inscribe la puta y de qué modo escribe. ¿Cómo escribe la sexualidad? ¿Cómo nos escribimos?

– Y, allí, a cada paso, la prostituta nos escribe.

O.

– Hemos llevado el tema, o el tema nos ha llevado, necesariamente, a un punto donde es inevitable, al menos para mí, la indecisión, la vacilación. Hubiese querido abrirme de la filosofía, pero no es fácil. Diría que la filosofía insiste hasta volverse casi inevitable. Digo esto por razones que me plantean tus «notas» últimas, a las que trataré de proyectar en mi escenario y no de responder, primero porque casi todo lo comparto, segundo porque sería muy extenso tratar de hacerlo, y tercero por la dificultad propia de tu meditación.

– Yo diría, ante todo, que *somos* mediación, es decir, ruptura originaria (?) de la «mónada» (claro que no hay mónada sino como virtualidad

de su ruptura y desde siempre). Así, no hay nada «como tal», y menos que nada lo «porno». Vos decís «representación», pero, al no haber «como tal», no nos queda más remedio que el *exceso*, y éste pone como esencia (?) la *representación* (pienso, obviamente, en el «mundo» de Schopenhauer, y en el flujo de imágenes-de-imágenes, y nada más, de Fichte... ¡filosofías!). Pero, y aquí viene el punto que quiero remarcar, si retrocedemos (aunque sea en hipótesis) al ser-el-ahí heideggeriano (al menos yo lo leo así) se abriría una posibilidad fuera ya de la *diferencia* entre un *real* (tachado, lo doy por supuesto) y una *representación* (también tachada). Llamémosla, para ir rápido, *Acontecimiento* (la mayúscula la marcaría como absoluto). La «pornografía», entonces, puede deslizarse entre una infinidad de estratos, desniveles, vetas... no necesariamente materiales y/o ideales, que podríamos tal vez llamar *actos*, algo así como revelaciones instantáneas, y, ante todo, *kairóticas* (no mesiánicas en un sentido vulgar), puramente u ontológicamente *abiertas* (quiero decir sin condicionamientos, sin límites, sin márgenes espaciales o temporales) e inmóviles.

– En *este* sentido me parece bien tu distinción entre sexualidad, erotismo y pornografía... agrego obscenidad e incluso perversión. Estas distinciones son, a mi entender, formas, todo lo lábiles y diluidas que uno quiera, de un *mismo* flujo de diferencias caracterizadas, de una manera ambigua y evanescente, por la potencia de lo que en otro juego de lenguaje se llama *libido*, un término para mí valioso por su imprecisión de máscara, de *indefinible* o de simulacro.

– Reconozco la importancia del *hay algo*, pero vacilo, borro el *algo*; más bien pienso un *hay* absoluto, sin nada que haya. Así, creería que esa escritura, olor, imagen, sonidos, discurso (a los que te referís) no son «de algo» (pero tampoco son *nada* o de-nada). Es posible que lo único que pueda reemplazar el *hay* sea el no-nada (pero permaneciendo atentos a que ese no-nada no nos lleve al *ser*). En este lugar quizás podría situarse, pero desfondada, la *representación*, envolviendo y al mismo tiempo sustrayendo los cuerpos, entregándolos y resucitándolos en una suerte ¿por qué no? de eterno retorno *de lo mismo*. Todo esto lo digo como pura tentativa de respuesta a una pregunta que inevitablemente no tiene respuesta en el orden de la escritura, incluida la archi-escritura. Pero, claro, ¿cómo saberlo?

– Lo porno «es su escritura» decís; yo agregaría, a condición a) de suprimir el «es», y b) de que todo sea *huella* de un paso o de un pasar irrecuperable: si todo (es) escritura, la pornografía, por comprendida en el todo, es escritura, pero lo es en cuanto *trazo* carnal-espiritual y *más* que carnal-espiritual (es como si estuviéramos tanteando a dios en su oscuridad): (es) –el paréntesis apunta a una epojé débil– una instancia *trascendental*, aceptemos el término dejando de lado su posible connotación «idealista», la que se prefigura, aunque en esa instancia es posible que no haya nada y sólo podamos hablar, salvo en «lenguas», en la glosolalia más estricta, de *constituciones* del puro arbitrio, del dios-sin-dios, o, como vos decís, un «hueco»... ¿Será posible volver, salir del espejismo del solipismo fenomenológico, y encontrar el árbol, la taza, un camino, una mujer? Cuando nos deslizamos (¿quién se desliza si no hay nadie?), digo, los seres humanos que no saben que *no son*, sobre otros cuerpos, cuando tocamos, penetramos o imaginamos (Sade) otros cuerpos en un escenario i-legal, o desencadenado, hay que realizar un milagro para vivir (milagro que, lo reconozco, es nuestra cotidianeidad) como cosas entre cosas, en el no-saber que no somos. De allí el «¿qué se sigue...?» socrático: ¿qué se sigue del sólo *representación*? ¿la paradoja? ¿lo imposible-posible? La representación es de nada decible, tocable, imaginable, pero no es nada-de-nada. El *hay*, digo, equivale a no-nada.

– Si la pornografía, en su utilidad, es imagen (re-presentación: presentación en inexistencia de algo inexistente), ¿por qué necesitaría de un tercero? ¿como algo esencial o, para acentuar su perversión de exhibición, de vernos no por espejo sino en lazo, en nudo, en orgía? ¿No puede haber pornografía unaria, masturbatoria? Aquí estamos en el verbo y entonces debemos atenernos, o respetar, un nominalismo posible inédito si lo llevamos a su excedencia ¿o no hay posibilidad de exceder el *nombre*? Me parece que no hay ese tercer otro (quiero decir como necesidad esencial) de la pornografía en la medida en que no hay otro del otro (me refiero por supuesto a dios o a un principio trascendente). Por supuesto que en este espacio textual el discurso no necesita referentes. Yo hablaría, por lo tanto, de *pasividad*. No hay principios (fundamentos). Uno dice, más allá del principio, de dios, del bien, del ser, etc., pero entonces mete su nariz

Sócrates haciéndose el ingenuo y dice: pero entonces ¿qué? (Volvemos al *Acontecimiento*). ¿El ¿qué? se refiere a una ética? ¿A un acto empírico puesto como deber-ser? ¿La pornografía desconstruiría precisamente esto, ética, ontología, teología, filosofía? El ¿qué? no tiene respuesta, más bien se trata de una proliferación caótica, sin formas, sin contenidos, salvo potenciales y actualizables en inventos (me refiero a la frase de Foucault pidiendo que se «inventen» nuevas formas de goce). A tu pregunta sobre «¿qué surge?», yo me atrevería a insinuar, y es tal vez excesivo, que surge el *acontecimiento* sin nada y sin nadie, imprevisible, poiético, una pura intensidad. Pero no podemos darle un contenido, sólo decir surge lo que surge, y ya es mucho. Creo que Bataille aceptaría mucho de lo que venimos diciendo, pero es imaginable que trataría de desplazar el discurso (tan intenso y extenso en él) conduciéndonos o arrastrándonos al *tocador* sadiano y diciéndonos «hablen *aquí*», en esta apología del fuera del escenario, en esta representación fuera de la representación, suma de actos sin actos, como si todos estuvieran castrados, una jauría de ciegos que no saben, no pueden saber, si son algo, si hacen algo, porque todo se ha hundido, todo es hundimiento, y ellos son al fin de cuentas esqueletos, lo inerte-inmóvil. Me parece, digo esto vacilante, que el giro es hacia lo performativo y fundamentalmente hacia un enigmático más que performativo, eso que intentamos llamar *pornografía*.

— Hay un punto en el que quiero insistir, y es el de la *representación*. Yo trataría de sacar la pornografía, al menos en sus formas sublimes, de la representación, ubicándola más bien en una meta-representación. La pornografía nos lleva a un punto extremo: el punto extremo, o el límite intensivo del erotismo trágico que linda con la muerte o con el más-allá-del-hombre; en ese *punto* se produce un giro esencial hacia lo que tentativamente podríamos llamar el *afuera*. Este punto es clave porque en él se produce un descentramiento total (estaba por escribir absoluto, pero dejo en suspenso el término para no alejarme de lo que pretendo decir). Es como si la sexualidad-erótica adquiriera en la pornografía algo así como la velocidad de la luz, y ese *punto* al que me refiero sería el de los 300 mil kilómetros por segundo, el que implica la disolución explosiva o implosiva del espacio tiempo, y también el des-ser, la des-subjetivación, la des-divi-

nización, una suerte de agujero negro de potencia casi ilimitada donde en lugar de pasar aristotélicamente de la potencia al acto se pasaría (oh milagro) del acto a la potencia, en una reversibilidad incomprensible; quiero decir del mundo en totalidad, como ente-ser e incluso como más-que-ser, a la potencia, un giro en retorno al prius de la nada, a un no-algo infinito (Descartes), de una «completa incomprensibilidad» (Kant) por libre como apertura e indecibilidad. La representación pornográfica se va diluyendo, o volviéndose irrepresentable a medida de su hiperbolización de fuga ideal, o de su idealidad potencial. Ese hacernos abandonar lo dado erótico-pornográfico-representativo hacia lo puramente potencial hace implosionar las «ideas» regulativas trascendentales (mundo-yo-dios se «ausentan» o «mueren»). El *punto de giro* es el perno invisible e innombrable por indescriptible donde gira la trascendencia en inmanencia y viceversa, el sujeto en mundo y viceversa, etc. Creo que tal vez podríamos utilizar la palabra *Ereignis*, es decir acontecimiento-de-co-apropiación, o, para hacerlo más gráfico, de una *singularidad* absoluta. En este *punto*, de la pornografía y su innombrable, la pornografía supera la materialidad y la espiritualidad, y es más bien una señal que no señala nada, un pensamiento que es no-pensamiento (como se dice en el budismo-zen), o un camino sin origen ni fin y sin nadie que camine, un camino donde se ha retirado el camino y queda la pura potencia de la camineidad (perdón por el término). Tendría que decir que se trata de asomarnos a esa oscuridad infranqueable de una *nada que es no-nada*. Pero ¿cómo decirlo si es lo previo a todo decir, ver, oír, imaginar, *pensar*, si es previo a la materia, al alma, a dios, a mundo, a *yo*, etc.? Es un ascenso o descenso (pero estas palabras ya no tendrían ningún sentido) a un *punto de giro sin más* (y aquí lo único que cuadra es el silencio, o, mejor dicho, el habla del silencio, el habla sin habla; pero, claro está, esto plantea un tema que muy laxamente podemos llamar teológico) donde todo desaparece, incluso mundo, yo y dios, subsumiéndose en un algo sin nombre, porque el *punto* ya no está en ningún lado, no hay lado, *no hay ni el hay*, ni lo previo al hay si quedara *hay*. No hay posibilidad de lo posible ni de lo imposible, no hay acto ni potencia, todo es borrado, todo es tachado. «Pornografía» sería otra de las palabras imposibles que *apuntan* a eso-sin-eso. La pornografía así (es)

una suerte de éxtasis que al llevar a su culminación la sexualidad erótica se auto-transgrede y gira hacia el vacío. Bataille hablaba de Dios como «círculo vicioso»; dios sería eso que en el giro se advierte como nada; «círculo» porque allí se produce un giro o una caída, o una deconstrucción absoluta del concepto, de las creencias, de las formas materiales-espirituales; «vicioso» porque todo lo que se diga *no es* eso, siempre se está en la errancia, sin salida ni entrada, ¿salir de dónde? ¿entrar a dónde? y ¿quién entra o sale si no hay nada ni nadie?

– ¿Me habré alejado de la pornografía? Pienso en el rostro de un *gozoso orgasmo* que tiene la Santa Teresa esculpida por Bernini, y *ése éxtasis* de inocultable erotismo me parece que puede acompañar de manera inextricable nuestro diálogo. Estamos en la buena compañía de una santa y de un artista. ¿Quién podría escandalizarse si vinculamos lo pútrido a lo excelso?

– Por pornografía se entiende un escenario ficticio de peligro y de redención. (Kendrick)

E.

– El abismo parece adquirir, nuevamente, la forma de un diálogo inconcluso, un devenir infinito. Donde incluso las palabras diálogo, acuerdo, desacuerdo, pierden sentido. Punto de vacilación. Me parece que hemos llegado al punto donde sólo resta balbucear. Y, sin embargo, insiste la palabra. Quizá gran parte del diálogo sea un repliegue de las palabras sobre sí. Dos cosas allí: la pregunta por el lenguaje como tal y la pregunta por el lenguaje pornográfico. En la estela de la primera cuestión parece que todo nos conduce al silencio al mismo tiempo que la palabra persiste. ¿Qué nos hace suponer que existe un exceso del lenguaje? ¿Un más allá innombrable? ¿No es este un escamoteo que reinventa, con otro nombre, aquello que la tradición ha llamado dios? ¿No supone esto una idea de lenguaje limitado, cerrado, clausurado sobre sí? ¿Y si no existiera una, sino por lo menos dos formas del exceso? Ya no lo otro absoluto, sino el exceso *en* el lenguaje. Trascendencia incluida. No hueco, sino ahuecamiento.

Porque de otro modo: ¿por qué hablar? ¿cómo hablar? ¿hablar, escribir? Y luego: ¿cómo darle legitimidad a nuestro lenguaje? Digo mejor: ¿qué nos otorga el derecho-sin-derecho a hablar de una alteridad absoluta? ¿No son el silencio y el lenguaje destrucciones de cualquier alteridad absoluta? O mejor: si hay acontecimiento, ¿no son el lenguaje y el silencio sus asesinos? Y si avanzamos en otro sentido, quiero decir, si aceptamos nuestra radical finitud. Lo cual significaría: aceptar que el lenguaje es sólo esto, no más que esto, y nosotros en él. Aceptar la finitud humana, la historicidad, el lenguaje. Ateísmo radical, o quizá a-teología radical. Esto no significa caer en una totalidad cerrada, inmanencia clausurada. No, por el contrario, hay que disolver la falsa dicotomía entre totalidad inmanente y trascendencia infinita. Esto que somos, lenguaje, historia, finitud, es apertura, lo infinito en lo finito. El círculo no cierra, no hay totalidad. Y sólo porque somos esto puede tener sentido hablar. Derrida: «[...] al reconocerle a este infinitamente otro *como tal* (que aparece como tal) el estatuto de una modificación intencional del ego en general, Husserl se concede el *derecho de hablar* de lo infinitamente otro como tal, da cuenta del origen y de la legitimidad de su lenguaje». Frente a Levinas claro, y frente a todo intento de un lenguaje sobre la alteridad absoluta o el acontecimiento. Y después, ya en la finitud del lenguaje, el problema de la pornografía. No de la filosofía como una exterioridad que se refiere a un objeto constituido llamado pornografía, sino la pornografía en el lenguaje filosófico. ¿Qué sería un lenguaje pornográfico? No obsceno, no escandaloso, ni siquiera sexual, erótico, perverso, sólo pornográfico. Porque sólo de este modo la filosofía podría pensar nuestro tiempo. Sin determinar un contenido o tema relevante, sino hacer de nuestro lenguaje, en su dimensión filosófica, una forma pornográfica. Lenguaje pornográfico sería, entonces, la tarea de la filosofía.

– Sí, filosofía y no pensamiento. Filosofía, una vez más. Evitando dos extremos: o la totalización clausurada de sentido, o la unidad que identifica todo en el mismo punto. Todavía filosofía porque la filosofía no es una totalidad cerrada que determine de un modo preciso el lenguaje, la reflexión, el pensamiento. Filosofía como la fuerza que interviene cada vez en el lenguaje de la tradición. Inventa no como novedad, sino como

reescritura. Todavía filosofía porque debemos evitar el riesgo de aquella noche de gatos pardos. Llegar a un punto en el cual dios y la pornografía se tocan es un abismo, y allí lo pensable; pero también un riesgo, aquel que termina identificando cualquier referencia a lo absoluto. Si nada puede decirse del absoluto, podemos caer en que todos los nombres son un camino fracasado en el intento de nombrar a dios. Nuevamente dios. ¿Qué sería un ateísmo radical? Ya en Hegel, la mediación evita lo pardo del absoluto. Digamos hoy: el lenguaje como diferenciación transido de huecos da cuenta de una filosofía posible.

– ¿Nos hemos replegado en la familiaridad de un lenguaje conocido y, así, eliminado aquello que nos convocaba a pensar? ¿Es este diálogo una muerte de la pornografía? ¿Cómo una escritura transida de pornografía? Sí, quizá inevitablemente sí. Porque ¿cómo escribir filosóficamente sobre pornografía sin la tentación de la ejemplificación (citar películas, páginas web, novelas, etc.)? Y también: ¿cómo escribir sin recurrir a las cifras, los casos, los detalles tan caros a las ciencias sociales? Hacia nosotros: ¿cómo escribir sobre aquello que convoca el pensamiento, lo que la pornografía es, lo que la pornografía implica para la filosofía, sin reinventar cuestiones ontológicas? Posiblemente se juegue en todo esto la posibilidad de abrir aquello que somos, de abrir el lenguaje filosófico. Creo que aquí me parece central indicar que la filosofía, en relación a la pornografía, podría ser el pensamiento de una forma del darse. Por ello una forma de pensamiento siempre secundaria, pero también inventiva, que aborde la configuración del hay como literalidad del goce corporal. Este es un abismo, pero no es dios.

– Y llegamos así a dos de los elementos centrales de nuestra discusión filosófica sobre la pornografía. Primero, la cuestión del *tercero*. Aquí una afirmación inicial: sea en el goce frenético del erotismo, en un intercambio sexual, en el profundo placer del onanismo, sea cualquiera de estos casos, no hay pornografía. La imaginación puede extenderse hacia el infinito, hacia cualquier intercambio de cuerpos, pero no hay pornografía sino existe una mediación. Quiero decir, un tercero que observa, toca, oye, huele. Por esto mismo, el tercero no se refiere a la ruptura de un goce solitario o compartido, sino a alguien externo a la situación pero que se encuentra implicado en ella. No es otro del otro, gran Otro, simplemente

el reenvío hacia un lector de la situación. Esto es lo que indica la «grafía» de lo porno. Este tercero no es nunca un sujeto singular, en el sentido de único e irrepetible, porque la grafía supone, en su misma condición de transmisibilidad, la repetición al infinito. El tercero no es sino la posibilidad de legibilidad de una situación de cuerpos gozosos. Por lo mismo que el tercero está, a priori, muerto.

– Lo que nos conduce, segundo, al problema de la *representación*. La pornografía siempre es representación. No en un sentido por el cual existe una presencia primigenia, actualidad efectiva de cuerpos gozantes, sino como el vínculo constitutivo con una externalidad que *escribe* lo dado. O mejor, si hay escritura hay representación porque no existe presencia plena originaria, sino desplazamiento constante de mediaciones. Por ello es posible afirmar que la representación no es suplementaria sino originaria. Creo que esto implica, por lo menos, distinguir entre el ente, el ser y el acontecimiento. Quisiera diferenciar y multiplicar los sentidos de la representación en tres direcciones. *Primero*, y siguiendo la estela fenomenológica, representación viene a mentar el hecho de que algo es dado a la conciencia, y así nombra la intencionalidad como el estar dirigido a objeto. La primera definición ajusta la noción de representación a la oposición sujeto-objeto. Como supo ver Heidegger, esta noción de representación es el núcleo de la modernidad: «Representar quiere decir traer ante sí eso que está ahí delante en tanto que algo situado frente a nosotros, referirlo a sí mismo, al que lo representa y, en esta relación consigo, obligarlo a retornar a sí como ámbito que impone normas». El hombre se pone a sí mismo como escena donde lo ente tiene que re-presentarse a sí mismo, es decir, presentarse, hacerse imagen. Representar es poner ante sí y traer ante sí. Desde este concepto lo ente llega a ser objeto, y por ello a ser. La representación es un traer ante sí la realidad objetiva de la idea, pero también es la delegación en tanto el sujeto se transforma en representante que pone en escena lo ente. La presentación de lo que se presenta vuelve a venir como cosa disponible para, por y en un sujeto. De ahí que representación y subjetividad constituyen dos elementos complicados. *Segundo*, la representación puede mentar la diferencia ontológica, es decir, el ocultamiento/desocultamiento del ser en lo ente. El ser es y no es lo ente. En todo lo dado, y así el mundo, el ser se oculta al mostrar-

se como ente. Se podría afirmar, entonces, que la representación es la relación del ente con el ser, pero no porque el ente haga presente un ser original, sino como relación de disimulación, el ente representa el ser porque es disimulación originaria. Dicho de otro modo, representación se puede pensar como la no disponibilidad del ser para el pensar como algo representable. El ser desoculta lo ente pero lo hace desde su ocultamiento persistente. El ser nunca puede estar disponible, y así, nunca puede ser un objeto dado a una conciencia/sujeto. El ser es así un límite radical a la idea de representación construida desde la oposición sujeto-objeto. Pero, al mismo tiempo, da lugar a una noción de representación como ocultamiento/desocultamiento. Con ello viene a indicar que porque el ser nunca puede ser presentable siempre es representado sin que esta representación pueda ser considerada un traer ante los ojos. La representación, en otros términos, como la imposibilidad de la presencia. *Tercero*, la representación originaria, como fracaso de la presencia, puede referirse a la sobreinscripción del vacío, y por ello a una meta-representación en relación al acontecimiento. Y esto creo que nos conecta directamente con la pornografía. La pornografía, de un lado, es pura exposición, ilusión de inmediatez, obscenidad, pero allí no existe un aparecer de nada, no hay presencia porque es el vacío como tal lo que acontece. Por eso, en tanto no hay nada del orden de lo manifestable, la representación es la mediación necesaria que hace del hay un hay. El hay o la nada no pueden ser porque hay un punto de fuga, un abismo. Oscuridad infranqueable, pero por eso mismo representable. En fin, aún el hay del hay se configura en su representación, y esto es irreductible. Se podría ubicar aquí, posiblemente, el clásico debate entre lo sublime y lo bello. Sin embargo, para no reinventar una perspectiva teológica, desde lo absoluto como irrepresentable, creo que es necesario acentuar la representación. Sí, una vez más, representación frágil, finita, histórica.

— Por todo esto quisiera sumar, hoy, que la pornografía puede pensarse como la partición de lo sensible [*partage du sensible*]. En un doble sentido: por un lado, porque lo sensible no es sino divisible, no hay una unidad a representar. Lo sensible: el hay del hay. Y así, los cuerpos que en su danza gozan al infinito dan cuenta de un abismo que excede lo sensible como dado, puesto que es el darse de lo dado. Por otro lado, es la parti-

ción como reparto de lo sensible. Esto nos lleva a pensar una configuración particular de la representación imposible de ese hueco llamado goce. Por lo que la partición de lo sensible como aproximación a la pornografía implicaría tres dimensiones: el abismo de una nada que es no-nada, el punto de giro sin más, eso-sin-eso; luego la representación constitutiva de eso, fracasada, fallida, imposible, fragmentaria; por último la configuración *de un cierto modo* del acaecer. No es cualquier representación de lo imposible, sino aquella partición de lo sensible que busca presentar inmediatamente el goce del cuerpo. Si bien no hay objetividad posible allí, puesto que no pertenece al orden de la constitución o proyección imaginaria de un objeto ante un sujeto, sí existe una mediación que en su clausura busca mostrar la literalidad de cuerpos que gozan, pero los cuerpos, el goce, se sustraen a la mostración o manifestación.

– ¿Hemos olvidado la pornografía? ¿Habremos hablado alguna vez de ella? ¿Nos habremos acercado? No podemos sino decir en nuestro lenguaje. Finito, histórico, singular. Y este decir de la filosofía se construye desde dos rasgos: desde aquello que la filosofía puede pensar de la pornografía y desde lo que la pornografía le hace a la filosofía. Porque de un modo u otro, incluso allí donde se presume mayor cercanía, el abismo siempre aleja. Quizá decir que la pornografía es nuestra singular partición de lo sensible, y así configuración del hay en la representación de un gozoso orgasmo. ¿Sabremos alguna vez lo que es un cuerpo? No lo que puede, simplemente lo que es. Y más aún: ¿Cuerpos que gozan? No, no lo sabremos, pero la escritura insiste sobre aquello de lo cual nada podrá decir.

– Cuerpos se tocan, se huelen, se miran, gozan. Y eso alguien lo ve, lo oye, lo toca, lo huele, y no sabe nada de eso. La pornografía, entonces, ese pliegue entre el goce y la escritura. ¿Deberíamos callar? Y, pese a todo, seguimos escribiendo allí donde lo porno nos escribe mucho más de lo que llegaremos a pensar. Simplemente, porque la configuración del hay –epocalidad–, adquiere su forma singular en lo pornográfico como partición de lo sensible. O quizá: performatividad del hay. O aún: un enigmático más allá del performativo como performance del aparecer.

– Y más: ¿no es la pornografía, siempre, la muerte de la pornografía?

O.

– Puede que se «reinvente», no sólo precisamente «lo que la tradición ha llamado Dios», sino, incluso, el dios escondido, el dios huido, el dios sin dios, etc., si fuera así retornaría el «fundamento» (ay), pero me parece que el deslizamiento, o el giro, es *de todo*, prioritariamente de todo Dios, y esto nos tienta con la muerte; desprenderse de todo dios, incluso del último, entraña un abandono de las palabras, pero ¿qué significa esto? ¿dejar de hablar? Sí, ¿pero dejar de hablar dónde? No en la vida cotidiana, de lo que se trata es de dejar de hablar «metafísicamente», llevar todo a la paradoja, a la contradicción, a la «poesía», con lo extraordinariamente difícil que esto pueda ser. Exceso en el lenguaje, decís, me parecería más justo un *de* lenguaje, que implica «del lenguaje», poniéndolo como un eje del giro, creo, en este sentido, que no hay «legitimidad» posible, salvo que por legitimidad entendamos el caos, la locura... (Entraríamos en el orden del don, de la gracia, por un lado, y en el de la perseverancia sin horizonte por el otro). Me parece, además, que a esta altura es casi superfluo hablar de inmanencia/trascendencia por, precisamente, la idea de infinito: llamamos infinito no a algo fáctico aprehensible, porque sería contradictorio, sino a la no-inmanencia-trascendencia etc., por *falta* (de sujeto y dios etc.); ¿inmanencia-trascendencia de qué? Vos decís «esto que somos», pero lo que el giro desplaza es ese «somos». Claro, se ha buscado desde siempre responder a la pregunta por el qué es eso que somos, pero el problema es que no hay allí nada, ese es el hueco, y al no haber allí nada no hay nada, el somos no es apertura sino que a la apertura la llamamos somos, algo radicalmente distinto, o algo así.

– Creería que la pornografía es una ascesis donde el otro y el tercero desempeñan un papel, pero disolviéndose, alejándose, como en el éxtasis, hasta llegar a la disipación del otro en general y del mismo (del dios, del uno, del yo).

– El ser no es, no puede ser, yo sólo diría ser-ser, para no hablar de ocultamiento y desocultamiento, si el ser se oculta entonces se oculta, y sólo queda el ente, pero el ente en cuanto ser, como una gloria, y no mero espejismo de un ser oculto, me parece que es lo mismo que dios.

– Dios sin dios no sólo como hueco, no sólo como signo vacío, ya que ningún ente-ser lo puede llenar, sino como expectativa, una suerte de estado ontológico de suspenso ante la nada=infinito=absoluto, *palabras* cuyo único sentido es tocar nuestro no-ser y entonces desierto-desprotección-intemperie en estado puro (fuera de hombre): o también, ¿por qué no? el erotismo, y también, ¿por qué no? la pornografía, el trazo último del *amor*.

– «El hay del hay se configura en su representación, y esto es irreducible»; este es el problema donde yo ubicaría la pornografía: quitarle al hay del hay toda representación (hablar por hablar, ser un «vegetal», como Aristóteles llamó a los sofistas, ni representable ni no representable. ¿Entonces qué? Nada.

– Un monje de la edad media dijo que no podemos existir, que no existimos, porque si existiéramos dios no sería dios ya que existiría algo distinto a él, está bueno, pero el hecho es que *hay* (no sabemos qué, nunca sabremos de qué se trata ni si se trata), y que siempre queremos llenar de *algo* ese *hay*, que no es algo; pero el problema es soportar el hay como nada, aceptar que no existimos, que ya «estamos», sin estar, claro, porque no hay quien esté, *muertos*. ¿Y después qué? Nada, lo mismo, *ahy=abier-to=muerto=inexistencia=ser*. Por un error de la máquina escribí a-h-y, y así el azar encontró la manera mejor de escribir el hay tachado: *ahy*.